

La Lectura



Popular



PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

CONFIANZA PREMIADA

Mari-paz, á quien muchos llamaban Mali-paciencia, era una muchacha lista y piadosa, que tuvo la desgracia de casarse con Juan Breva, benditísimo alcorcho de inmejorables sentimientos, pero con cabeza de guardacantón.

Hijo de honrados labradores, Juan heredó una buena fortuna y los jóvenes esposos lo hubiesen pasado admirablemente á no estar de por medio la cucurbitácea que Breva llevaba sobre los hombros á guisa de cabeza.

Cuando Mari-paz descubrió el tesoro, acordóse de aquello que dicen luego de que una de las penas más grandes que se padecen en el infierno es llevar un tonto á costas por toda la eternidad y la sangre se le cuajó en las venas; pero se acordó de que para todos sus hijos y muy especialmente para aquellos que le aman tiene Dios providencia especial; y se entregó en sus manos exclamando:

—Si Dios es tan misericordioso que cuida de todos; cómo no ha de cuidar del infeliz de mi marido y de mis desdichados hijos?

Y tenía razón en llamarles desdichados, pues á los tres años cabales de haber heredado Juan la legítima paterna, apenas le quedaba otra cosa que un carro-mato y una mula coja, último saldo de sus negocios mercantiles.

Porque, es de advertir, que Juan era un hombre trabajador que cada día se levantaba con un proyecto nuevo en la cabeza; sólo que al realizarlo lo hacía tan mal, que daba siempre solaz á los socarrones de la vecindad para reír una semana.

—¡Juan!—le decía su muger cuando le veía determinado á realizar un negocio nuevo. «No te muevas, hijo mío, no hagas nada. ¿No ves que cada vez que te mueves nos hundimos más?

—¡Cál; no, tonta, decía Juan, ahora llevo un asunto entre cejas que nos va á devolver toda nuestra fortuna. Ya verás Mariquilla que pronto salimos de angustias,

Y Mariquilla procuraba disuadirle bienamente, como era su deber, pero cuando se convencía de que el negocio no tenía remedio, levantaba los ojos al cielo, se ponía en las manos de Dios, y confiada en su amorosa providencia, aguardaba resignada el golpe componiendo el rostro para no ofender á su marido con la cara que suelen poner las mugeres melancólicas cuando las cosas no salen á su gusto.

La virtud heroica de Mariquilla no tenía límites y el premio no debía hacerse esperar.

Un día se levantó Juan con la cabeza inflamada por nueva inspiración.

—¡Adios carro y mula coja! exclamaron los vecinos sospechando lo que sería el proyecto.

Juan iba á cambiar el carro y la mula con que se buscaba la vida por una vaca lechera para dedicarse al negocio de la leche.

Con la leche comería; la vaca le pariría otra vaca; aquella otra y despues otra: de aquí resultaría un rebaño, y en cuatro días otra vez rico.

—«Juan ¡por Dios! exclamó Mariquilla con las lágrimas en los ojos.»

Pero Juan sonrió compasivamente considerando las pocas luces de su mujer que no sabía penetrar toda la extensión de su plan, y después de una hora de discusión la dejó convencida de que estaba dispuesto á hacer la última barbaridad.

—Ya verás exclamó cómo ahora no me equivoco. Ya verás cómo prosperamos.

—No; si yo ya sé que tú haces todo lo que puedes, dijo ella con dulzura esforzándose en sonreír y comprendiendo que Dios le pedía el último sacrificio. Es que á veces las mujeres no vemos claro. ¿Quién me ha dicho que esta vez no aciertas?

Juan salió de su casa con el rostro radiante de triunfo y saboreando de antemano los frutos de su talento.

Diez minutos después la mula coja estaba enganchada en el carro y Juan se echaba al campo en busca de la vaca lechera.

No había transcurrido media hora cuando se encontró con lo que buscaba: una hermosa vaca que, según el vendedor daba la leche á ríos.

En cuatro palabras quedó cerrado el trato; el amo de la vaca cargó con el carro y escapó todo lo que permitían los pies de la mula coja, y Juan se puso á tirar del ramal de la hermosa vaca que á los pocos tirones le embistió por derecho tumbándolo boca arriba con una costilla descompuesta.

Acudieron varios compasivos transeuntes y examinada la vaca resultó ser un animal tan sobrado de genio como escaso de jugo, pues ni tenía leche, ni la había tenido jamás, ni ostentaba otras prendas salientes que un par de cuernos capaces de acabar en cuatro idas y venidas con Juan Breva y toda su descendencia.

Atada la vaca á un árbol resignóse Juan á esperar fortuna mejor cambiando aquel animal fiero por otro más manso.

Pero tales cambios nunca resultan ventajosos.

—¿Quiere usted un par de cabritas que tengo en casa?; saltó un granuja que graduó enseguida los alcances mercantiles de Juan Breva —Con seguridad que darán mas leche que la vaca.

Y tenía razón; así es que el trato quedó hecho; pero desgraciadamente, observó Juan á poco rato que había errado el golpe pues las cabras estaban llenas de sarna.

«Hay que dar otro pensó enseguida pues también me he equivocado»; y media hora después las cabras habían sido cambiadas por un cochinito que aunque pequeño, con el tiempo crecería y engordaría llegando á valer un puñado de dinero.

Juan, perniquebrado y cojeando á consecuencia de las caricias de la vaca, empuñó el ramal del cochinito y emprendió su retirada al hogar doméstico recordando para consolarse la retirada de Moscou.

Los grandes hombres tienen sus desgracias, pensaba él, pero la esperanza nunca les abandona.

Permanezcamos firmes y tengamos esperanza.

En este momento el cochino que marchaba forzado, rompió el ramal y haciendo á Juan dar la segunda caída, escapó á campo traviesa.

Juan sintió que las lágrimas se le agolpaban á los ojos.

¡Cómo cojer aquel bichol!

—¿Lo cambia usted á estas gallinitas? preguntó otro caritativo parroquiano que acababa de enterarse de los negocios de Juan. «Yo me encargaré de coger el cochino y si lo pierdo tendré paciencia.»

—Sí hombre, sí, contestó Juan desesperado; más vale pájaro en mano que cochino volando.

Juan tomó las gallinas y no había andado un cuarto de legua cuando aburrido y magullado quiso hacer no sé qué movimiento aflojó la mara y adiós aves. Hubo que repetir la excena del cochino cambiándolas por un puñado de manzanas.

Algo es algo: el caso era no perder en absoluto el capital.

Dos horas después, nuestro hombre arribaba á su casa con todas las manzanas en un pañuelo, admirándose de que no se hubiese escapado ninguna.

Pero Juan no iba solo.

Además del angel de su guarda á quien se había encomendado antes de salir, le acompañaba prestándole el brazo para apoyarse, un hombre alto, enjuto, serio y con unos ojos verdes y un pelo rojo que denotaba al inglés de pura sangre estrambótico en su figura, su trage y su conversación.

A aquél hombre le importaban un ardidite los negocios de Juan Brevia y, sin embargo, no bien se enteró de ellos, abandonando el coche en que viajaba echó pie á tierra, dio el brazo á Juan y le siguió sin dejar de observarle y anotar en su cartera todas las tonterías que le contaba.

—Con que *vosté tenerr mujerr?*

—Sí, señor.

—Y su *mujerr* de *vosté* conformarse con todo lo que *vosté* hace?

—Sí, señor.

—Y no incomodarse nunca ni *arrarlarle* la *carrar?*

—No señor.

Y el inglés iba tomando notas en la cartera.

—¿*Vosté* no tendrá inconveniente en que yo le acompañe á su casa.

—No señor.

—Ni de *contarrre* á su *mujerr* delante de mí todo lo que le ha pasado?

—No señor.

—Pues vamos andando.

Y andando, andando llegaron á casa de Juan; y su mujer salió á recibirle; y Juan comenzó á referirle uno por uno todos sus triunfos mercantiles.

—Sabes Mariquita que al fin cambié la mula coja por la vaca lechera?

—Bien hecho, dijo Mari-paciencia, ¡Cuánto me alegro! Ya sabes lo apasionada que soy por la leche.

—Pero es el caso que la vaca resultó tan brava que en poco me mata y tuve que cambiarla á un par de cabras.

—Mejor que mejor: mucha más leche. Y luego que con las cabras no hay tanto peligro.

—Sin embargo también tuve que desprenderme de las cabras, porque resultaron sarnosas, cambiándolas por un cochino.

—¡Hombrel, buena ocurrencia; porque de esta manera á falta de leche, tendremos carne.

—Sí, pero es que habiéndome escapado el cochino y viéndome imposibilitado de cojerlo lo cambié á un par de gallinas y...

—¡Magnífica ideal.....

—...y como las gallinas se me escapaban aquí te traigo en un pañuelito unas manzanas riquísimas... que...

—Bendito sea Dios! hijo mío; ¿cómo has acertado mi pensamiento?—dijo Mari-paciencia levantando los ojos al cielo para ofrecer á Dios aquellas manzanas.

—Precisamente son las manzanas la fruta que mejor me sentó siempre. Descansa, descansa ahora, que es lo principal y toma este refresco que tengo preparado.

El inglés se quedó con la boca abierta.

—¿Me *pergmitte* usted *señorra* una pregunta? dijo, mojando el lápiz con la punta de la lengua.

—Usted dirá, caballero.

—¿Cual es el secreto que tiene usted para conformarse con todo lo que acaba de hacer su *marrido* hasta el punto de ver con tranquilidad reducido su capital á seis manzanas?

—Pues, cosa bien sencilla; pensando que las cosas que no tienen remedio humano es porque están dispuestas por la voluntad divina; y que siendo Dios sabio, bueno y poderoso hasta el punto de sacar bienes de los males, debo esperar tranquila el bien que vendrá detrás de los males que me envía, firmemente segura de que no han de salir fallidas mis esperanzas.

El inglés bajó la cabeza aturrido.

Después se metió la mano en el bolsillo.

Después llenó una hojita cortada de un libro talonario y entregándola á Mari-paciencia exclamó:

—Hace diez años que voy buscando una *mujerr* capaz de no *contrrrradecirre* á su marido y ya la he encontrado. Cobre usted ese talón girado contra el banco español y usted lo pase mejor que yo lo he pasado en este mundo con la *mujerr* que Dios me *deparrró*.

Un mes después Mari-paciencia y su familia ocupaban una posición capaz de resistir todos los reveses de la fortuna abofeteada diariamente por Juan Brevia.

ADOLFO CLAVARANA

SECCION INSTRUCTIVA

La confianza en Dios

RODEAN tantas tinieblas nuestra vista y cercan tan peligrosos precipicios nuestros pasos, que todos, inciertos de lo que va á venir, nos pasamos la mitad de la vida preguntando: ¿Qué va á suceder? ¿á dónde vamos á parar?... ¿Quién nos salvará? La sociedad atea, en castigo de su rebelión contra Jesucristo se va satanizando de tal manera, que se va convirtiendo en un retrato del infierno con todos los odios y blasfemias, rencores y obstinaciones que ahora parecían propios únicamente de aquellos antros infernales en que «no habita ninguna luz sino horror sempiterno». Parece que la sociedad se ha constituido de tal manera que es imposible ya ser bueno ni honrado en este mundo, y que para vivir no hay más remedio que dejar á un lado el deber, y aprender á engañar, á mentir, á adular, á insultar, á sobornar, y sobre todo... á transigir, á tolerar, á contemporizar, á dejar decir y hacer cualquier cosa.

¡Ay! ¡no! ¡mil veces no! No es ese el modo de salvarnos. Estamos tan mal porque confiamos en los hombres y tememos á los hombres; no estamos bien, porque el único de quien, ni para temer, ni para confiar nos acordamos, es Dios.

¿Estáis rodeados de tinieblas y vacilaciones y oscuridad? Pues yo os diré con nuestra gran española Santa Teresa: «Nada te turbe».

¿Estáis cercados de precipicios? O: añádiré con ella: «Nada te espante».

¿La tempestad se acerca rugiendo tal vez como nunca? «Todo se pasa».

¿No veis cómo han vencido nuestros padres en las pasadas edades? Pues bien, «Dios no se muda».

Nosotros, mezquinos, estamos pensando que nos hacen falta sabios, poderosos, ministros, reyes, prensa, riqueza, preponderancia, y cuando menos la libertad que nos niegan los liberales de practicar nuestros más sagrados derechos y deberes... No nos hace falta nada de eso. Nos hace falta tener á Dios: «Quien á Dios tiene nada le falta».

En teniendo á Dios todo está de sobra. Porque según concluía nuestra magnánima española:

SÓLO DIOS BASTA.

Hermosa frase para un cristiano. Escríbala en las paredes de vuestra casa. Ponedla al principio de todos vuestros proyectos. Formuladla en el primer artículo de vuestros programas. Vaya en las banderas de vuestra vanguardia cuando acometáis, y en las de la retaguardia cuando os retiréis. Cuando caminéis, cuando luchéis, cuando triunféis, cuando sucumbáis, cuando muráis sea esta vuestra palabra: «Sólo Dios basta».

Confíad en Dios, y pedid que los cristianos confíen de tal manera en su Señor y Padre que en su vida toda digan con la palabra y con las obras lo mismo que Santa Teresa: «Dios basta, y sólo Dios basta».

Esto es lo que en la Intención de este mes se nos recomienda.

I

Confíen en primer lugar en las manos de Dios todos los buenos y honrados cristianos su suerte particular y la de los suyos.

Esto por muchísimas razones, pero sobre todo por una convincentísima entre todas, es á saber: porque los buenos cristianos no tienen otro en quien confiar que Dios Nuestro Señor. ¡Desengañémonos! El hombre honrado en este mundo está destinado á ser despreciado, hollado y perseguido de los malvados.

Aquel admirable filósofo cristiano, que más que nadie penetró en la médula del corazón humano, nos trazó admirablemente el programa que nos aguarda, si queremos seguir el camino de la virtud y del deber. Oigámosle:

«Lo que agrada á otros irá adelante, lo que á tí te agrada no se hará.

«Lo que dicen otros será oído, lo que dices tú será reputado por nada.

«Pedirán otros y recibirán, pedirás tú y nada alcanzarás.

«Otros serán grandes en boca de los hombres, de tí no se hará cuenta.

«Á otros se les encargará éste ó aquel negocio, tú serás tenido por inútil».

Exactísimo. En el lenguaje vulgar quiere decir:

En todos los negocios de la vida los honrados y buenos cristianos seréis los más desatendidos. En la obtención de empleos seréis los últimos, en las oposiciones seréis combatidos, en los exámenes se os rebajará la nota, en los tribunales se os armarán mil enredos, en las antecámaras se os retendrá muchas horas, en las informaciones se olvidarán vuestras excelencias, aunque tengáis verdadero mérito se hará á vuestro lado el silencio, mientras los críticos y periodistas se van á alabar á otro más mundano que vosotros, el fiscal os llamará el primero aunque apenas tengáis falta, el juez os absolverá el último, el alcalde ó gobernador os dará, cuando más, buenas palabras, el alguacil apartará la vista cuando os atropellen, y

cuando hayáis hecho algún sacrificio por vuestros prójimos ó algún acto de virtud, vuestro premio será el que os tenga el mundo por hipócrita.

En una palabra, así como el masón, el liberal, el anticlerical, el transigente se encuentran abiertos mil caminos para la fortuna; la fama, el ascenso, el favor y la prosperidad, así el buen católico y honrado cristiano sólo se abre alguna que otra puerta á fuerza de trabajo, de mérito y de fatiga, ó por la providencia de Dios, sin favor casi de los hombres.

Por eso á los ojos del mundo, el hombre honrado pasa siempre plaza de algo tonto; permítaseme la frase, pues es la verdad.

Añadid á esto que los gobiernos disponen, en virtud de la centralización que hoy existe, de la llave de innumerables modos de vivir y prosperar. Y como han apostatado oficialmente de la religión católica, claro está que han de reservar, como efectivamente reservan, los favores para los liberales que los sostienen; y las vejaciones y desatenciones para los clericales y católicos que los reprenden y combaten.

En fin, considerad la rabia anticlerical que en alas de una prensa satánica é hipócrita y al amparo de algunos sectarios opulentos é influyentes se despliega brutalmente por el mundo amenazándonos devorar á todos los católicos, y veréis qué suerte espera al que quiera seguir el camino de la virtud. Aquella ni más ni menos que nos dijo Jesucristo en el Evangelio:

«Os harán traición vuestros padres, y vuestros hermanos, y parientes, y amigos, y á algunos de vosotros les darán la muerte, y seréis odiados por todos (los mundanos) por mi nombre» (Luc. 21, 16-17).

¡Magníficas esperanzas! ¡Vaya una suerte la que á los católicos nos aguarda, si confiamos en los hombres, y si Dios no tiene especial cuidado de nosotros!... ¡Pero no temáis! «¡Quien á Dios tiene nada le falta! ¡Sólo Dios basta!»

Y tanto que basta que él mismo para animarnos y á fin de que no desmayásemos por las persecuciones que nos pronosticaba, en seguida de decir que seríamos perseguidos por todos, añadió solemnemente: «Pero no caerá un cabello de vuestra cabeza». *Et capillus de capite vestro non peribit.*

Hermosa exclamación que cambia el horizonte tristísimo de nuestras persecuciones en un alba risueña de esperanzas, y la negra tormenta del averno en tranquilidad y calma. Hermosa promesa de nuestro Padre que vela por nosotros, la cual no debe tenerse por hipóbole, tratándose de la Providencia divina, sino que debe tomarse á la letra, y afirmarse que, por mucho que nos persigan los mundanos, no sólo no podrán darnos la muerte, ni abrasarnos las casas, ni privarnos de nuestra fortuna, ó cerrarnos la puerta de la prosperidad, sino que ni siquiera podrán tocarnos ó arrancarnos un

cabello de nuestra cabeza, sin que nuestro Padre celestial, conforme á sus planes muy medidos, aun en los pormenores más menudos, lo permita dirigiéndolo todo á nuestro mayor bien.

Y Dios, si quiere, puede cuidar de nosotros muy bien, y en efecto cuida perfectamente. Nosotros, como tenemos tan poco talento, pensamos que, si Dios no llueve maná del cielo, y no abre las aguas del Mar Rojo, y hunde al que formula una calumnia, y deja seco al que pronuncia una blasfemia, no tiene providencia.

Pero nuestro Señor sabe mirar por sus hijos de muchas maneras más sabias, y delicadas. Á diferencia de los hombres, que no sabemos otro modo de evitar los daños de las persecuciones que impidiéndolas. Dios sabe evitarlas dirigiéndolas. Sabe dejar poner el fuego cuando conviene, y no ponerlo ó apagarlo cuando no conviene. Sabe desencadenar la revolución hasta donde quiere, y no dejarla pasar adelante cuando no conviene. Permite á un mal gobernador oprimir hasta donde Dios quiere permitir, y lo para cuando le parece, ó deshace sin saber cómo todos sus planes.

¿No lo estamos viendo? Con tanta rabia como tienen los anticlericales al nombre cristiano, y tanto furor como respiran contra toda persona honrada y cristiana: con el apoyo que le dan sectarios opulentos con sus manejos ocultos y frecuentes sobornos, con la complicidad que en muchas ocasiones les asiste de personas de autoridad y posición, con la impunidad que la mayor parte de las veces obtienen aun de crímenes enormes, la verdad es que ya no debiera haber un clerical, y sin embargo... ¡vivimos! ¡y vivimos animosos! ¡y nos multiplicamos! y nos sostiene Dios de tal manera que á pesar de que nosotros no hacemos sino mucho menos de lo que podemos, sin embargo los anticlericales nos temen, y apenas nos dejan respirar, ven que lo llenamos todo de nuevo.

Esta es señal de la poderosa providencia de Dios. Nos quieren asaltar, nos quieren abrasar, nos quieren robar, ¿qué les cuesta hacerlo? Y sin embargo Dios nos guarda. Nos calumnian y no perdemos el crédito, nos amenazan y no nos asustan, nos echan de todas partes y aparecemos en todas, nos quieren acibarar la existencia y cada vez estamos más alegres, continuamente nos están derrotando y continuamente estamos resucitando. Á pesar de que ellos obtienen muchos privilegios, ellos rabian, ellos se enfurecen, ellos se desesperan, ellos mueren como demonios: y nosotros nos resignamos, nos animamos, nos compadecemos, y cuanto somos mejores tanto vivimos más felices y morimos más consolados. ¡Sólo Dios basta! Dichoso el que sea fiel servidor de Dios pues lo experimentará.

Aun en lo temporal. No me digáis que hay familia desgraciadas á pesar de haber servi-

do bien á Dios y confiado en él. El día en que se sepa la historia secreta de la humanidad veremos que la mayor parte, por no decir todas las familias que son verdaderamente desgraciadas en sus asuntos, más ó menos lo son por culpa ó de toda la familia ó de alguno de sus miembros. Dios no distingue, ni siempre, ni muchas veces á sus servidores con abundancia de bienes temporales, con opulencia ó magnificencia; pero tampoco les niega el pan de cada día cuando le sirven bien.

Decía David: (Ps. 36, 25). «Fui joven, y ya he envejecido, y no he visto todavía al justo abandonado ni á su familia mendigando pan». Y esta regla es la misma que hoy preside á las vicisitudes de las familias cristianas, porque Dios no varía, y ó son falsas todas las innumerables promesas que en el Antiguo y Nuevo Testamento ha escrito el dedo de Dios, afirmando que cuidará especialmente de los justos, que les dará aun en esta vida el ciento por uno, que si cae siete veces el justo, siete veces lo levantará la mano cariñosa del Señor, que ha encargado á los ángeles que tengan cuidado de nosotros en todos nuestros caminos, y otras innumerables afirmaciones, que, si bien tratan de los bienes espirituales con preferencia, no dejan de referirse á las cosas de este mundo en cuanto no se oponen á las espirituales, ó si no son falsas es preciso confiar muchísimo en Dios, que nos tiene escritos á todos sus servidores en sus manos para continuamente acordarse de nosotros, según su frase cariñosísima.

Y luego, que los buenos y los que aman á Dios tienen una grandísima ventaja.

Oíd esta sentencia de San Pablo y grabadla en vuestro corazón: «Á los que aman á Dios todo les sirve para su bien.» (ad Rom. 8, 28. ¡Dulcísimo consuelo! Al revés de lo que sucede á los malos, que á ellos, aun las prosperidades les sirven para su desgracia ó temporal, ó eterna, ó temporal y eterna; á los buenos les vale todo para su bien ó temporal ó eterno ó temporal y eterno: lo mismo les sirve la salud que la enfermedad, lo mismo la alabanza que la calumnia, lo mismo la pobreza que la riqueza, lo mismo los bajos puestos que los altos; y hallaréis entre los buenos muchos pobres más felices que los ricos malos, muchos enfermos más dichosos que los sanos malos, muchos humildes más satisfechos que magníficos señores con todos sus honores y palacios...

Este es el pensamiento fundamental de nuestra confianza en Dios; que lo entendamos de una vez los cristianos, porque de él depende el que nos confiemos á su providencia, ó vivamos con esa timidez que acompaña siempre a los que comían de tal manera en Dios que no quieren soltar la protección de los hombres.

Remigio Vilarño, S. J.

Del Mensajero del Corazón de Jesús.

PIO, PAPA X

Motu Proprio.

Desde Nuestra primera Encíclica al Episcopado de todo el Orbe, haciéndonos eco de cuanto Nuestros gloriosos Predecesores establecieron respecto á la acción católica de los seglares, declaramos laudabilísima esta empresa y necesaria en las presentes condiciones de la Iglesia y de la sociedad civil. Y Nos no podemos dejar de encomiar altamente el celo de tantos ilustres personajes que desde hace largo tiempo se dedican á esta noble empresa y el ardor de tan selecta juventud que esforzadamente ha corrido á prestar á ella su trabajo.

El XIX Congreso Católico celebrado hace poco en Bolonia, por Nós promovido y alentado, ha mostrado suficientemente á todos el vigor de las fuerzas católicas, y lo que puede obtenerse de útil y saludable en las poblaciones creyentes, donde esta acción está bien dirigida y disciplinada y reine unión de pensamientos, de afectos y de obras en cuantos á ella concurren.

Quédanos, sin embargo, no pequeña amargura de que en medio de ellos se presenten algunas diferencias, suscitando polémicas demasiado vivas, las cuales, si no se reprimen oportunamente, podrían quebrantar las mismas fuerzas y hacerlas menos eficaces. Nós, que antes del Congreso recomendamos sobre todo la unión y la concordia de los ánimos para que se pudiese establecer de común acuerdo cuanto se refiere á las normas prácticas de la acción católica, no podemos callar ahora. Y puesto que las diferencias de puntos de vista en el campo práctico pueden trascender bastante fácilmente al teórico, en el que necesariamente deben tener su punto de apoyo, es preciso resumir los principios que deben informar la acción católica toda entera.

Nuestro insigne Predecesor León XIII, de santa memoria, trazó luminosamente las reglas de la acción popular cristiana en sus preclaras Encíclicas *Quod Apostolici muneris*, del 28 de Diciembre de 1878; *Rerum novarum*, del 15 de Mayo de 1891, y *Graves de communi*, del 18 de Enero de 1901, y además en Instrucción particular emanada de la Sagrada Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios el 27 de Enero de 1902.

Y Nós, que no vemos menos que nuestro Antecesor la gran necesidad de que sea rectamente moderada y dirigida la acción popular cristiana, queremos que aquellas prudentísimas reglas sean exactas y plenamente observadas, y que nadie, en lo sucesivo, se atreva á apartarse de ellas de ningún modo. Por esto, para tenerlas más fácilmente vivas y presentes, hemos resuelto recogerlas como en compendio en los siguientes, artículos, á guisa de Ordenamiento fundamental de la acción popular cristiana, que

regule dichos actos. Esta deberá ser, para todos los católicos, la regla constante de su conducta.

Ordenamiento fundamental de la acción popular cristiana.

I

La sociedad humana, como Dios la estableció, está compuesta de elementos desiguales, como desiguales son los miembros del cuerpo humano; hacerlos á todos iguales es imposible, y de esto se seguirá la destrucción de la misma sociedad. (Encíclica *Quod Apostolici muneris*.)

II

La igualdad de los varios miembros sociales es sólo en cuanto todos los hombres tienen su origen de Dios Creador, han sido redimidos por Jesucristo, y deben ser juzgados, premiados ó castigados, según la medida exacta de sus méritos ó deméritos. (Encíclica *Quod Apostolici muneris*.)

III

De aquí se sigue que en la sociedad humana sea conforme á la ordenación de Dios que haya príncipes y súbditos, patronos y proletarios, ricos y pobres, instruidos ó ignorantes, nobles y plebeyos, los cuales, unidos todos con vínculos de amor, se ayuden á vivir y á conseguir su último fin en el Cielo, y aquí, sobre la tierra, su bienestar material y moral. (Encíclica *Quod Apostolici Muneris*.)

IV

El hombre tiene sobre los bienes de la tierra, no sólo el simple uso como los brutos sino también el derecho de propiedad estable; no sólo la propiedad de aquellas cosas que se consumen usándolas, sino también de aquellas que no se consumen con el uso (Encíclica *Rerum novarum*.)

(Se continuará.)

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas nuevas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id.	1 » »
Un octavo id.	0'50 » »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orduña. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, P.º 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.